

El culpable

FÉLIX GRANDE LARA

La palabra "culpable" y la dignidad de su rostro son, más que contradictorios, enemigos. Si esa dignidad es verdadera, la palabra "culpable" no lo es. Sobre su dignidad es difícil dudar: en todas las fotografías que conocemos de su rostro, lo primero que vemos es la dureza de la dignidad. Después vemos su frente alta, sus pómulos enérgicos, su mentón decidido, sus cejas densas sobre dos ojos melancólicos y a la vez orgullosos. Pero antes de que hayamos logrado contemplar los detalles, lo que nos ofrece su cara es el espectáculo de la dignidad. Miramos sus fotografías: antes que un conjunto de rasgos vemos una conducta. Antes que una cabeza, nos es dado asistir a la presencia de un destino. Pues bien: dentro de ese destino hay un instante en que el responsable de ese rostro, de ese destino (es cierto que a una determinada edad todos somos responsables de lo que se ve en nuestra cara), se inclina sobre la mesa, reflexiona, empuja con resolución sobre la resistencia de la mano, y escribe de sí mismo la palabra "culpable". Los dos o tres segundos que tardó en escribir esa palabra fueron el momento más grave de la vida de Boris Pasternak.

Quiero imaginar ese instante. Posi-

blemente escribió ese texto de noche. Deseo que en esa noche, tal vez la noche del 4 de noviembre (sobre el año no hay duda: 1958), unos diez días después de que le fuera otorgado el Premio Nobel de Literatura, Pasternak recuerda su vida. Deseo que en esa noche, su noche más resuelta y amarga, el poeta pida socorro a la memoria. Y quiero imaginar que su memoria le otorga algunos dones con los que repararse del daño de la palabra "culpable", que acaba de escribir. Deseo que su memoria le traiga el rostro de Rainer María Rilke: Boris Pasternak tenía diez años cuando lo conoció. Y no lo conoció en un lugar cualquiera: lo conoció en Yasnaia Poliana, la casa de Tolstoy. Leónidas, el padre de Boris Leonidovich Pasternak, fue un notable pintor y dibujante ruso-judío, director de la Escuela de Pintura, Escultura y Arquitectura de Moscú. Era amigo de León Tolstoy e ilustró *Guerra y Paz* y la primera edición íntegra de *Resurrección*, que vio la luz en Inglaterra. Esas ilustraciones son excelentes. La amistad de Leónidas Pasternak y de León Tolstoy hizo que un niño de diez años destinado a ser un gran poeta conociera a Rilke y le oyese hablar un alemán perfecto. Boris Pasternak co-

nocía el idioma alemán y lo que muchos años después de aquel día de 1900 recordaría sobre aquellos tres huéspedes de Tolstoy (Lou Andreas Salomé, su marido y Rainer María Rilke) es que el alemán que hablaba Rilke tenía la profundidad y la perfección de la música.

Deseo que Boris Pasternak, ahora, en esa noche de noviembre de 1958, recuerde su deslumbramiento por la música de Alejandro Scriabin. Pasternak ya estudiaba piano (su madre, Rosa Kaufman, había sido una virtuosa), pero al escuchar a Scriabin, a los doce años de edad, sintió que la música era ya su destino: "Me gustaba la música más que todas las cosas y Scriabin más que todos los músicos del mundo", escribiría más adelante Pasternak. Y dedicó seis años a estudios musicales. Sin embargo, su destino no fue la música. Su destino fue ser uno de los más grandes poetas de Rusia, escribir una novela memorable, traducir prodigiosamente a Goethe, Schiller, Kleist, Shakespeare, Shelley, Verlaine, recibir el odio de los mediocres y los acobardados y escribir contra sí mismo la palabra "culpable". Boris Pasternak acaba de escribir unos párrafos en los que confiesa sus supuestos errores y en los que se reconoce "culpable": esa página apareció el día 6 de noviembre de 1958 en el diario *Pravda*, entonces un periódico inmundo. Quiero pensar que en la dignidad de Boris Pasternak hay mucha fortaleza; la suficiente como para no quebrarse en este instante tan grave de su vida. Quiero pensar que la memoria le ayuda a no ahogarse en el océano de la decepción. Deseo imaginar que el viento le trae los rumores del bosque y los incendios de su juventud.

A los quince años conoció a Máximo Gorki. En el año siguiente vive una temporada en Berlín. En 1907, en Petersburgo y en Moscú, se arroja al fondo de gozosas y agitadas conversaciones sobre el impresionismo, el formalismo, el futurismo, y comienza a sufrir el desgarramiento entre la fasci-

nación de la música y la fuerza de la gravedad de las palabras. Viaja a Suiza y a Italia: tiene veintidós años, es feliz. Aunque se siente desdichado, es feliz: ahora, casi medio siglo después, al recordar aquella etapa de su vida, sabe que era feliz: nadie en el mundo le había exigido declararse culpable. En el año 1912 está escribiendo su primer libro de poemas y pronto conocerá a Vladimir Maiakovsky. Ahora, esta noche, recuerda a Maiakovsky con piedad: Maiakovsky se llamaba a sí mismo "altavoz de la revolución", "tambor de la revolución". Cuando el poeta Sergio Iessenin, en 1925 y en una habitación del hotel Astoria de Leningrado, se abre las venas, escribe una carta de despedida con su sangre y, firmada la carta, se ahorca, Maiakovsky reacciona fieramente ante el suicidio de su amigo: "¿No hay en el mundo bastante tinta para escribir una carta de adiós? -escribe Maiakovsky- ¿Por qué aumentar el número de suicidas? ¡Mucho mejor sería incrementar la producción de tinta!" Cinco años después, el 14 de Abril de 1930, Maiakovsky dispara una bala sobre su propio corazón. A Maiakovsky, Iessenin y Pasternak les llamaban "la constelación de tres estrellas". Sólo Pasternak está vivo y acaba de empujar a su mano para que escriba una palabra horrenda. Se pasa la mano por su cabeza cana. Tal vez piensa que haber sobrevivido al suicidio de sus amigos es una forma de vengarlos. Tal vez se acerca a la ventana para mirar la noche solitaria, el bosque oscuro, la pavorosa pureza de la nieve.

Descartaría que Boris Pasternak continuase afelpado por los dones de la memoria; pero ya a partir de esos años -y con las excepciones del amor de su mujer y de sus hijos, la lujuria de su trabajo y su etapa de pasión amorosa con Olga Vsievoldovna Ivinska-, pocas caricias puede proporcionarle la memoria para calentar esta noche en la que se ha visto obligado a escribir una palabra helada. Incluso si recuerda a Olga Ivinska -en *El Doctor Zivago* Olga Ivinska se llama Lara- lo sofoca la pesadumbre: el tiempo de su amor

fue muy breve y Olga pagó aquel suspiro de felicidad con cinco años de cárcel, torturas y campo de concentración: "La detuvieron por causa mía, ya que a los ojos de los organismos secretos era la que permanecía más cerca de mí. Contaban que con rígidos interrogatorios y amenazas conseguirían de ella pruebas suficientes para hundirme en un juicio. A su heroísmo y a su tenacidad debo la vida y el que no me hayan molestado en aquellos años": esto escribió Pasternak en mayo de 1958, recordando lo sucedido doce años atrás y sin saber aún que unos meses después, tras recibir el Premio Nobel, tras rechazarlo por la presión del Estado soviético, la policía interrogaría de nuevo a Olga Ivinska. Pocos recuerdos curativos puede ya aproximarle la memoria. Tal vez se acoda sobre la mesa mirando el manuscrito que enseguida publicará la *Pravda* y que llenará de vergüenza no a Pasternak, sino al Estado tiránico que vanamente intenta humillar al poeta. Tal vez piensa "¿Si me hubiese exiliado?". Pero no se exilió. Se exiliaron sus padres, que vivieron en Londres (el pintor Leónidas Pasternak, muerto en Londres en el año 1945, nunca aceptó su condición de desterrado: hasta su muerte tuvo en una pared de su casa una fotografía de Lenin), se exiliaron innumerables conocidos y amigos. Boris Pasternak no. Rusia era su patria y no le harían abandonarla ni la pobreza ni las amenazas.

Las amenazas habían comenzado hacía ya muchos años. En 1934, la creación de la Unión de Escritores Soviéticos disolvió todos los grupos literarios. Muchos escritores murieron en los campos de concentración, muchos fueron fusilados, muchos más se dispusieron a vivir como topos, convirtiendo su casa en guarida y su conciencia en sobresalto. El teórico del partido Nicolai Bujarin, que en 1934 había elogiado por escrito a Pasternak, fue ejecutado en 1938. En ese mismo año, Stalin llamó por teléfono a Pasternak para pedirle su opinión sobre el poeta Osip Mandelstam; Pasternak defiende a su colega y Stalin ni siquiera

parece escucharlo. ¿Para qué lo ha llamado, para burlarse de él? Mandelstam morirá en un campo de concentración. En 1941 la poeta María Isvetaieva, tras regresar del exilio, se suicida: era amiga de Pasternak y ahora será una más de sus sombras. En 1946, bajo la dirección de Zdanov, se fustiga a los escritores rusos no disueltos en el ácido de la obediencia: corresponde a Alexei Fadeiev insultar las obras de Pasternak (Fadeiev se suicidará en 1956). En 1948 todos cuantos han elogiado alguna vez a Pasternak son obligados a "confesar sus errores", es decir, se los obliga a mentir y a humillarse. Ya muerto Stalin y tras el suicidio de Fadeiev, un congreso plenario de la Unión de Escritores Soviéticos previene oficialmente a los jóvenes en contra de Boris Pasternak. La novela *El doctor Zivago* está ya en poder del editor italiano Giangiacomo Feltrinelli. En 1957 una resolución estatal prohíbe la edición de *Zivago* en la Unión Soviética y varios funcionarios presionan sobre Feltrinelli. El 15 de noviembre Feltrinelli publica *Zivago* en italiano y en pocos meses contrata la novela con editores de dieciocho idiomas. En España se agotan once ediciones desde octubre de 1958 a febrero de 1959. Ahora, en esta noche de noviembre de 1958, cerca de Moscú, en Peredielkino, en su casa, tal vez recuerda a una alemana con quien intercambia cartas pudorosamente amorosas; siete meses más tarde, el 26 de julio de 1959, a esa mujer, Renata Schweitzer, le escribirá una carta en la que le habla del oficio de escribir; he aquí un párrafo: "Después de todo lo que he visto, vivido y soportado durante los últimos años, no tengo derecho a permanecer fiel a la comodidad de mis primeras formas de expresión. Tengo que prepararme hacia algo más difícil, más insólito. Aunque me resulta peligroso, tengo que hacerme incorruptiblemente verídico". Tal vez ahora, esta noche, con la palabra "culpable" escrita de su puño y letra aullando en la página blanca como un lobo en la nieve, Boris Pasternak, de pronto, no se siente mortificado. Tal

vez piensa, de nuevo, que confesarse autor de los "errores" que le atribuyen sus furiosos colegas enemigos y escribir con su propia caligrafía la palabra "culpable" es su única posibilidad de no ser expulsado de Rusia; su única posibilidad de seguir siendo incorruptiblemente verídico. Para decirlo de una vez: durante los segundos que tardó en escribir la palabra "culpable" la dignidad de Boris Pasternak no sólo no ha disminuído, sino que ha crecido súbitamente y en silencio hasta aplastar la tiranía. No dejará que lo expulsen de Rusia. Vivirá en Rusia lo que le quede por vivir y morirá en su patria. Para ello, ha renunciado al Premio Nobel -si hubiera viajado a Estokolmo a recibir el premio no habría podido regresar-; para ello, ha redactado unas palabras asumiendo las acusaciones enfermizas de sus enemigos y se ha declarado culpable. No dará a nadie la alegría de abandonar su patria. Pasternak no es sólo un gran artista y un hombre instalado en su dignidad: es también muy inteligente: hoy nosotros sabemos que dieciséis años más tarde, en una situación semejante, el Premio Nobel de Literatura Alexander Solzhenitsyn no pudo quedarse en su patria: el día 10 de febrero de 1974 las autoridades soviéticas anunciaron haber despojado a Solzhenitsyn de su nacionalidad rusa y unos cuantos funcionarios y policías lo obligaron a subir al avión que lo arrojaría en el exilio. Ahora, esta noche, Pasternak sabe que esta batalla nauseabunda la está ganando él, y que sus enemigos tiene que conformarse con una confesión fantasmal y una autoacusación que no creará ni una sola persona de este mundo.

Esta batalla nauseabunda. El 23 de octubre el mundo entero es informado de que Boris Pasternak es Premio Nobel de Literatura. En su telegrama de agradecimiento, el poeta se declara "infinitamente agradecido, emocionado, orgulloso, sorprendido y confuso". En ese mismo instante, alguien está escribiendo ya el editorial que aparecerá en el órgano oficial de la Unión de Escri-

tores Soviéticos, *Literaturnaya Gazeta*, y en donde se dirá que Doctor Zivago es un "hediondo libelo difamatorio" y que Pasternak "ha escogido el camino de la ignominia y el deshonor" y es un "odioso snob" tan "pusilánime y abyecto" como el doctor Zivago. Días después, en un mitín y en presencia del dictador Krutchev, el secretario de las Juventudes Comunistas llamará a Pasternak "cerdo que ensucia su propia pescebrrera". La Unión de Escritores lo expulsa de la institución y pide que se le obligue a expatriarse. Pasternak ya no ignora que estorba, como no ignora que no consentirá que se le desarraigue. El 31 de octubre de 1958 -ya ha escrito antes a la Academia sueca renunciando a su premio- escribe a Nikita Krutchev pidiéndole no ser expulsado: "Para mí, abandonar la patria equivaldría a la muerte. Por ello le ruego que no se tome conmigo esa medida extrema". Prefiere soportar las injurias, las amenazas y las humillaciones a soportar la lejanía. Una manifestación vociferante desfila ante su casa; hay pancartas en donde se lee: "¡Fuera de aquí, judío!". Entre el exilio o el antisemitismo, entre el exilio y la amenaza, entre el exilio y las injurias, elige el antisemitismo, la amenaza y la injuria. ¿Cómo llamar a esa elección, a esa obcecación deslumbradora, sino con la palabra dignidad?. El día 4 -o el 5- de noviembre de 1958, tal vez de noche y sólo, mientras duermen los suyos, el obstinado ruso Boris Pasternak pone un papel sobre la mesa, aprieta los dientes, se jura a sí mismo que no abandonará su patria, empuja con violencia a su mano y ve, con desconsuelo y con orgullo, con infortunio y dignidad, cómo su pluma escribe la palabra "culpable". Murió en su casa de Peredelkino, junto a Moscú, el 30 de Mayo de 1960. Millares de personas se concentraron para desfilar ante el cadáver de Boris Pasternak. En el féretro descubierto, la cabeza de Pasternak, de setenta años de edad, mostraba la dignidad de un hombre, la serenidad de un anciano y la energía de un adolescente.